

Cuando me invitaron a participar en la presentación en Sevilla del libro de José Manuel me pregunté cuál había sido la cualidad que me habían adjudicado para ser distinguido con este encargo.

Presentar un libro de un sevillano en Sevilla. ¿Un cordobés? Quizás conocían mis orígenes paterno y materno en esta tierra. ¿Tenían que ver las correrías infantiles de mi padre entre Lebrija o Torreblanca? ¿O quizás la infancia de mi madre entre las calles Varflora, en el Arenal, y Evaristo Liñán, hoy Luis Huidobro, en el antiguo distrito 103?

¿O a la mejor, afinando, vendría porque ese distrito 103 se encontraba frente a Nervión, el barrio natal de nuestro autor?

No había que descartar otras hipótesis. ¿Tendría relación con mi postura de defensa de la identidad andaluza y las vinculaciones sentimentales de José Manuel con ésta? Es posible.

A lo mejor sería cosa de mi condición de periodista y con el consecuente deber de informar. Podría ser.

Lo mismo era por otra de mis inquietudes, la de narrador, la de inventar las historias y ponerlas a disposición de quienes gusten leerlas.

Otra posibilidad es que me eligiesen por la faceta de ensayista, la de reflexionar sobre hechos que han acaecido en nuestra historia, como la prensa en la II República española o la creación de un servicio provincial de noticias, por cierto ahora cercenado por la guadaña de la incapacidad reinante.

Pensando, pensando podría plantearme que mi editor es de aquí, de Sevilla, y que sevillana es su empresa editora y que eso podría haber sido causa, o parte de ella, para la invitación.

O, finalmente, fuera cuestión de que mi actual responsabilidad pública sitúa mi lugar habitual de trabajo en la ciudad de Sevilla, en la emblemática Isla de la Cartuja, santo y seña de progreso sevillano y andaluz.

Analicemos todas estas posibilidades. Pocos conocen el origen sevillano de mi familia y que gran parte de ella resida en esta ciudad y menos aún que mi madre vivió junto a Nervión muchísimos años antes de que nuestro autor estuviese por este mundo.

Tampoco creo que se deba a que coincida con aquella reflexión de Blas

Infante sobre la necesidad de resurrección del pueblo andaluz, expresada en 1918 y que hoy no ha perdido actualidad, ni que tenga que ver con que corresponda con mi oficio de periodista, más aún cuando la Ley de Incompatibilidades de la Junta de Andalucía me impide ejercerlo mientras mantenga la condición de miembro del Consejo de Administración de la Radio Televisión de Andalucía.

Por escritor, ya sea narrador o ensayista, tampoco tiene pinta. La primera obra de José Manuel es del primer de estos géneros, pero no es una novela, ni me veo con la capacidad de criticar desde el análisis literario sus textos.

Mi vinculación con la ciudad de Sevilla por motivos familiares y ahora de responsabilidad pública podía ser un acicate, pero no un motivo, mientras que el hecho de que mi editor sea y resida aquí es anecdótico, pese a que deba los tres libros que vagan por este planeta y que llevan mi nombre en la portada a su generosidad, entre otras.

Ni siquiera el hecho de que en mi tarjeta de visita aparezca una calle de La Cartuja podría justificar mi presencia aquí, más allá de asistir como invitado al acto.

Estoy seguro de que ninguna de estas cuestiones tienen que ver en la decisión, de la misma manera de que quizás todas ellas, el conjunto, hayan forjado el perfil de que un cordobés bautizado en la iglesia de los toreros, la de Santa Marina, y casado en el Santuario de Santa Domingo, en donde se venera la imagen del beato Álvaro de Córdoba, venga a presentar a un sevillano en Sevilla, porque José Manuel se define como más sevillano que el Arco de la Macarena, un sevillano de Nervión, del centro de Sevilla como gusta identificarse a quienes proceden de este barrio, y un sevillano sevillista.

Porque lo primero que no se despinta de José Manuel es que es sevillano. Se le nota nada más que te saluda. Su acento no delata desviación alguna de una de las ortodoxias del habla sevillana de la modalidad lingüística andaluza, sin que los cinco años que lleva campando por los lares de Córdoba le haya afectado lo más mínimo, digan lo que digan, incluso si lo dice uno de los motivos que le mantienen afincado laboralmente en Córdoba y con residencia La Carlota, en una de las localidades que dan cobijo al aumento de población,

a la lucha contra el incremento de los precios inmobiliarios y a una demanda de mayor calidad de vida de la que comienza a deslizarse en algunos de los barrios de la capital.

Entre Córdoba y La Carlota ha traído al mundo su primer libro, un compendio de relatos que tienen, a mi juicio, varias características, aunque la principal que me gustaría destacar es la cotidianeidad.

Si buceamos en la búsqueda de la definición de cotidianeidad, acabaremos en las acepciones que el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española da a la palabra que es origen, diario, y tanto nos da que nos quedemos con la primera que con la segunda acepción que ambas valen para calificar con este adjetivo el primer libro, que no el primer trabajo literario, de José Manuel.

Porque diario es para el diccionario “correspondiente a todos los días” o “relación histórica de lo que ha ido sucediendo por días, o día por día”, y eso es lo que encontramos como principal nexo de unión en el libro de relatos que hoy nos reúne aquí.

Podría haber otro elemento que pudiera haberme vinculado con el autor. Mi padre, criado en Sevilla, víctima de la Guerra Civil en una familia dividida como tantas otras en bandos, tuvo no su primer trabajo pero sí su primera ocupación preferente en el mundo del seguro, un sector en el que forjó su vida laboral, que ha sido el sustento principal de mi familia y que ya va por la tercera generación de aseguradores.

Como hizo José Manuel casi sesenta años después, el seguro desplazó la vida de mi padre a Córdoba, donde forjó su residencia y se criaron sus hijos, aunque mis dos primeros hermanos nacieron aquí porque mi madre recurrió a mi abuela para esos partos.

Comprenderás ahora, José Manuel, por qué me mantuve tan firme cuando me decías que eras capaz de venderme cualquier cosas y yo te decía que seguro que un seguro no.

Viene a colación esto del gremio que también nos vincula porque la cercanía a la realidad de cada día, a lo cotidiano, es un elemento inseparable

de la profesión que el autor ejerce en Córdoba. A través de ella se conocen, probablemente igual que en otras, cómo se mueve la sociedad, por dónde andan los hombres y mujeres. Es un termómetro de muchas cosas de lo que sucede, de cómo se avanza y de cómo se retrocede, de lo cabal y de lo vergonzoso.

Como refirió José Luis Sampedro hace ya más de cuatro años en la presentación de su "Escribir es vivir", un magnífico texto para entender de qué va este negocio, "el mundo es una hoguera y yo soy una chispa infinitesimal de esa hoguera. La vida es arder, lo que no arde, no vive". Y José Manuel bien que está ardiendo en esto de la literatura.

"Como la vida misma", que es el título que compendia los veinticinco relatos que la Editorial Círculo Rojo ha hecho libro, no podía haber sido escrito por alguien que no estuviese ávido de actualidad, de conocer sobre lo bueno y sobre lo malo, sobre las grandezas y también sobre las miserias humanas, que de todo ello se encuentra el lector en las más de 160 páginas a los que se enfrenta cuando tiene entre sus manos un ejemplar o en formato ebook, ese sistema que dicen que va a sustituir el papel, afirmación que este modesto periodista que les habla no termina de compartir, y eso que he vivido bastante en lo que supone la evolución de la tecnología en este oficio.

Quiero aquí mostrar mi disconformidad con la definición que en la contraportada del libro se da del compendio que supone. No, para mí no se trata de un compendio de sensaciones, ni mucho menos. Estoy convencido de que José Manuel no ha plasmado aquí más deseo personal que cualquier otro escritor, sino que se ha convertido en un fedatario literario de un montón de percepciones.

Se trata, en mi opinión, de mucho de lo que ha podido embeber a través de los sentidos, visto, leído o oído y no digo que algo no sea vivido, pero hay demasiada cruda realidad en las páginas de "Como la vida misma" que no me resultaría comprensible que José Manuel mantuviese esa capacidad vital que transmite e incluso la física como para jugar a baloncesto con tal intensidad, como lo hace, hasta llegar a lesionarse.

Estamos, creo, eso sí, ante una transmisión de sentimientos, unas sentimientos que transmiten sus personajes, distantes y dispares, que se acercan a quien se acerca a ellos, hasta el punto de colegirse con la manera de que los describe Carlos Castilla del Pino en su "Teoría de los sentimientos". "Los sentimientos afectan –dice el fallecido profesor a quien Córdoba también acogió- no sólo al sistema del sujeto, sino a la totalidad del organismo. La experiencia de un sentimiento altera el estado del organismo, que reacciona con una serie de síntomas. No hay sentimiento sin síntomas".

Eso se produce en "Como la vida misma". Sus personajes transmiten miedo y alegría, repugnancia y pena, dolor y alegría. Sus personajes transmiten sentimientos.

No quiero con esta opinión transmitir una crítica a la editorial. Como quien la lleva la entiende, sus razones tendrá para hacer esta promoción y les puedo asegurar que tengo experiencia en primera persona sobre algo parecido.

Más al contrario, quiero destacar la labor que hace Círculo Rojo para poner en distribución, en carga como dicen algunos cursis, trabajos como el que nos ocupa y que no verían la luz si no fuera.

Nos encontramos ante "un hombre sincero", no de donde viene la palma sino de Nervión, pero sí, como la letra de la mítica canción "Guantanamera, que vino a decir que "antes de morirme quiero, echar mis versos del alma".

Y bien pronto que eligió el momento para anticiparse a tal circunstancia que a toda persona nos ha de llegar, nada menos que a los 35 años, aunque no nos debería extrañar porque ya con 12 años ponía sobre el papel lo que por su mente pasaba.

Hoy, incorporarse a la brecha de la literatura con 35 años no es que sea una osadía, pero tampoco es la tónica, pero, repito, no nos debe resultar extraño en alguien quien su vocación académica, Económicas en la Universidad de Sevilla, no le ha impedido desde niño ser un lector empedernido que ligaba los tebeos de "Spiderman" y de "El guerrero del antifaz" con Miguel Delibes.

José Manuel se declara un escritor vocacional, pero la verdad que dedicarse a la literatura no puede afrontarse de otra manera. Alguna técnica se puede adquirir, siempre se puede mejorar, sin duda, pero lo que difícilmente

podrá obtenerse más allá de la capacidad propia es el encuentro con las musas, esas diosas de la mitología grecolatina que protegían las ciencias y las artes.

Quizás comenzó a buscarlas en esos escritos que trenzaba a los 12 años o en ese taller de radio que en las tardes de las actividades extraescolares del sistema educativo de entonces, hechas para cubrir horas lectivas y salvadas por la imaginación de maestros y maestras, en las que comenzó a forjarse ese escritor de historias, que no de opinión, como gusta calificarse, que hoy viene a lucirse con su primer libro en su ciudad natal.

Volvamos a "Guantamanera", que es una buena canción para definirlo. En las páginas de "Como la vida misma" cultiva una rosa blanco, tanto en junio como en enero, para que el amigo sincero le dé su mano blanca.

Porque en sus relatos encontramos amistad, mucha amistad y hasta el colmo del amor, y también desengaño, hay familia y drama, encontramos el repudio de la xenofobia, hay enfermedad, hay heroísmo, hay sacrificio, hay drama, hay profesionalidad y solidaridad, vemos también maternidad, el terror del terrorismo, la tentación, el sexo y la prostitución, hay paro y desesperación, y también ilusión, maldad, mucha maldad, y hay pérdida de libertad y mucha libertad.

Son historias e historia el algún caso.

Podemos situar sus historias aquí al lado, en cualquier país europeo, en África o en América.

A lo largo de "Como la vida misma" encontramos retazos de novelas de amor, de novela negra, de narrativa, de novela histórica, de intriga.

Desde ese verde claro al carmín encendido que, como en "Guantamanera", es un verso como un ciervo herido que busca en el monte amparo, una respuesta del lector, que ahora le llegará con más facilidad porque la recibirá de las personas más cercanas, pero que, con el paso del tiempo y la evolución de la fama, le será menos fácil de lograr, más amplia pero también menos sincera.

Yo le voy a dar ahora la mía, que es de absoluta invalidez por mis carencias, pero sincera, eso sí.

El libro de José Manuel tiene de momento una cosa buena que después se convierte en mala. Casi no hay que buscar en el diccionario para averiguar determinados significados de las palabras o para clarificar algunos aspectos del contenido.

Es bueno porque da acceso a un lector que no quiere complicarse en el mundo de la lectura, pero la restringe a una literatura demasiado fácil para los tiempos que corren, donde las tramas se complican, los procesos de venta se diversifican y las iniciativas se multiplican en esferas desconocidas. Un conjunto que forman un todo que genera un producto de consumo, preparado para el gran éxito y realizado desde una factoría multiproducto.

No niego, ni mucho menos, la existencia de la literatura espontánea. Ahí tenemos el éxito descomunal de la trilogía de Millenium, que se basa en un recorrido simple del texto sobre una trama muy bien trazada, aunque el culebrón de la titularidad de los derechos de autor sobre el trabajo de quien no conoció el éxito, Stieg Larsson, va camino de superar lo que se tiene por una trilogía de culto.

Como siempre, la realidad supera a la ficción, punto en el que quienes nos dedicamos con más o menos atención a estos menesteres tenemos el punto de inflexión.

Y no sé si me fallará el olfato. El transcurrir del tiempo me dará o me quitará la razón, aunque para ello deban de mezclarse más factores que las cualidades literarias del autor de "Como la vida misma". Pero mi modesta opinión es que en José Manuel hay un poso, un verdadero sedimento, de un gran escritor.

No sé si llegará a serlo. Le voy a ser tan sincero como a quienes han presentado mis libros les he pedido que sean. Dista aún de serlo, pero no es malo que su historia literaria haya comenzado a discurrir así.

Tendrá que esforzarse en la técnica para deleitarnos con sus tramas, algunas de ellas ya sobre papel, me imagino que en verdad en formato informático, a la espera de tener la distribución masiva que seguro que se merecen.

Tendrá que seguir vertiendo lo que le sale de dentro, como reconoce que

hace ahora, para pulir y darle brillo, sin necesidad de ir más allá de del verbo sencillo que ya practica aunque con la brillantez que tienen sus argumentos.

Camino hace ya de dos años, en mi última presentación editorial, recogí una frase que Juan Eslava Galán había pronunciado unos meses antes en un programa de Canal Sur 2. Citando a un gitano sentenció: “No sé lo que me pasa, que cuanto más trabajo más suerte tengo”.

Es la única recomendación que le voy a permitir hacerle a José Manuel más allá de la voluntariosa crítica que he intentado hacer en esta presentación.

José Manuel ha recorrido ya un camino que muchos, la mayoría, no hacen. Tiene un libro en el mercado, con aceptación y recogido con cariño.

Por eso, modestamente, le quiero dedicar una par de versos que escuché el otro día en una versión de Compay Segundo en la en mi intervención tan mencionada “Guantanamera” y que él ya puede decir: “dicen que Compay Segundo tiene una mata de almendra... que tiene un letrero que dice que el que no sabe, que aprenda”.